

Cultura-política democrática y socialista. Revisión crítica y futuro deseado en los intelectuales de izquierda durante la transición a la democracia.

Ponza Pablo*

Resumen:

La Ciudad Futura (1986-2004) fue una revista editada por los miembros del *Club de Cultura Socialista* fundado en julio de 1984 como resultado de la fusión de los dos principales núcleos intelectuales de izquierda formadores de opinión que se quedaron en el país durante la última dictadura militar. El objetivo de esta ponencia es analizar los contenidos de *La Ciudad Futura* durante la etapa más dificultosa de la transición a la democracia, es decir, durante la gestión de Alfonsín. En este sentido, cabe señalar que *La Ciudad Futura* aspiró a convertirse en un espacio con dos funciones principales. Por una parte, hacer una revisión crítica de la cultura política de izquierda, de sus tradiciones ideológicas, de sus métodos de acción política y de sus instrumentos de análisis de la realidad. Y por otra, animar un proyecto de reconstrucción social y cultural sobre bases democráticas y socialistas. Los editores dieron un relieve privilegiado a la cuestión de la cultura democrática en dos aspectos centrales. En primer término, reconociendo que sólo en un contexto democrático puede expandirse un movimiento social de izquierda que impulse la transformación y adquiera una presencia determinante en la vida de la sociedad. Y en segundo término, afirmando que el conjunto de libertades civiles y políticas asociadas al funcionamiento institucional de la democracia constituyen un patrimonio irrenunciable para una perspectiva socialista.

Palabras clave: Intelectuales, Transición a la Democracia, Cultura-política, Socialismo

Introducción: Las Fuerzas Armadas y las condiciones para la apertura democrática

Varios fueron los elementos y las razones que desde principios de la década de 1980 fueron aislando a la última dictadura militar argentina (1976-1983) y generando las condiciones de posibilidad para una apertura democrática. En primer lugar, el plan económico de corte liberal instrumentado por el régimen comenzó a mostrar agudamente los efectos de su fracaso. La alta desocupación, la paralización industrial y la creciente deuda externa llevaron a un deterioro social que erosionó la red de apoyos que importantes sectores de la sociedad civil había brindado a la dictadura en sus comienzos. En los últimos dos años la inflación mensual llegó al 20%, la tasa de desocupación ascendía al 7% y la deuda externa rondaba los 45.000 millones de dólares. El 70% de ésta deuda había sido contraída por grupos privados y estatizada en 1982 por el entonces presidente del Banco Central Domingo Felipe Cavallo.

En segundo lugar, la presión de algunos movimientos sociales reanudaron las operaciones políticas congeladas incluso antes de 1976. Por caso, podemos mencionar la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) en septiembre de 1979; el plan de movilizaciones de la CGT denominado “Paz, Pan y Trabajo” que comenzó el 30 de marzo de 1980; o la “Marcha por la vida” llevada a cabo por organizaciones de Derechos Humanos el 5 de octubre de 1982 que convocó alrededor de 12.000 personas en Plaza de Mayo (Sonderénguer, 1989).

Y, en tercer lugar, las crecientes disputas intestinas en las Fuerzas Armadas se hicieron incontenibles y cada vez más explícitas. Prueba de ello fue el abrupto recambio presidencial del General Viola por el General Galtieri en diciembre de 1981 y el súbito desencadenamiento de la

* Pablo Ponza es Doctor en Historia por la Universidad de Barcelona, Investigador del CONICET con sede de trabajo en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. pabloponza@yahoo.es

Guerra de Malvinas en junio de 1982, un conflicto bélico que intentó ser utilizado por los militares como un mecanismo de aglutinación política y patriótica. Pero finalmente la aplastante derrota contra los británicos fue el catalizador del colapso y la apertura hacia una inesperada transición a la democracia. Es decir, si bien el régimen mostraba síntomas de agotamiento y lento desgranamiento, fue la guerra y no la presión ejercida desde la sociedad la que desbancó a las Fuerzas Armadas del poder.

1. Intelectuales en transición. Política y Democracia: ¿cuándo, cómo y por qué?

Refiriéndonos ahora concretamente al caso de los intelectuales, podemos decir que no se trató sólo de un campo político en transición, sino que todo el entramado social y cultural debió pasar en esos años por un proceso de transformación desde una fuerte matriz autoritaria cuyo origen no data de la última dictadura militar sino que se remonta, al menos, a la primera ruptura del orden constitucional de 1930, y que tuvo en los siguientes cincuenta años sucesivos reforzamientos.

Roxana Patiño (1997) ha señalado que en el ámbito de la vida social la democratización abrió una instancia de cambio hacia una nueva cultura política que debía, al tiempo que reconstruir una esfera pública obturada por años de censura y represión, debía luchar por la erradicación de los patrones autoritarios internalizados, incluso, en contextos de la vida cotidiana. Dicha matriz de cultura política autoritaria tuvo, a principios de los ochenta, una doble fuente de interpelación: por un lado los regímenes militares y, por el otro, las re-configuraciones político-culturales provenientes tanto de sectores del peronismo como de la izquierda.

Recordemos que previamente, desde mediados/fines de la década de 1950 y hasta principios de 1970, hubo en el campo intelectual argentino un notorio desarrollo de la cultura política de izquierda y del marxismo. Aunque, cabe aclarar -como lo ha hecho Saúl Sosnoski (1999)- que el concepto de *cultura política* debe ser entendido aquí como ese conjunto de valores, creencias y actitudes que condicionan el comportamiento político de los individuos y los grupos sociales. Y que al hablar de cultura política de izquierda nos referimos a un subconjunto de significaciones que han distinguido a un sector de la vida política e ideológica local. Es decir, el colectivo sobre el que vamos a centrar nuestro análisis es aquel que durante los llamados *sesentas-setentas* construyó referentes alrededor de eventos como la ruptura con el dogmatismo stalinista luego del XX Congreso del PCUS (1956), los movimientos de descolonización en Asia y África, la Revolución Cubana (1959), el bombardeo a la Plaza de Mayo (1955), el *Cordobazo* (1969), entre otros. Un sector cuyo comportamiento y aparato argumentativo fue influenciado por corrientes de pensamiento como el marxismo humanista, el existencialismo sartreano, el nacionalismo popular o el discurso post Concilio Vaticano II, sólo por mencionar algunos de los hechos convertidos en icono por los militantes de la época.¹

En efecto, nos referimos a un sector de la intelectualidad que en ese período construyó símbolos o marcas de identidad generacional que buscaban diferenciarse tanto del totalitarismo soviético como del capitalismo imperialista norteamericano. Se trata de un colectivo social cuyo horizonte político, raíz ideológica, terminología y fundamentación doctrinaria se asentó frecuentemente en categorías conceptuales de base histórica, materialista y dialéctica. Categorías conceptuales flexibles, de amplia heterodoxia, pragmatismo y profundo contenido sincrético; y donde la idea de *Revolución* funcionó como motor, eje articulador y aglutinador de las discusiones y las acciones de ese colectivo.

Pero dicha configuración identitaria cambió rotundamente tras la última dictadura militar, principalmente como consecuencia de la brutal represión, el fracaso de los proyectos

¹ Yo mismo he comprobado como durante los años de proscripción política del peronismo (1955-1973) se produjo un avance de una cultura de izquierda y un poderoso proceso de politización de los ámbitos del pensamiento, la cultura y el arte, donde la preocupación y la intervención política por parte de los intelectuales fue la nota distintiva del período. Ver PONZA, Pablo (2010). *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Babel. Córdoba.

revolucionarios en Latinoamérica, la crisis del llamado *Socialismo Real* y el agotamiento del marxismo como esquema de análisis de los conflictos y sus resoluciones. Por ello, si la *Revolución* fue el motor o el eje articulador de la discusión latinoamericana de la década del sesenta, en los ochenta sin duda el tema central de la agenda política, ideológica y académica de los intelectuales de izquierda pasó a ser la democracia.

María Matilde Ollier (2009: 177) ha observado aquí una situación paradójica, pues la eliminación militar de las organizaciones guerrilleras habría devuelto la política a la izquierda. El triunfo militar trajo aparejada una derrota política para las Fuerzas Armadas. Al no considerar a sus enemigos sujetos de derechos humanos y al no intentar despolitizar al conjunto de la sociedad, los militares fracasaron en su estrategia de exterminio, una estrategia basada en el supuesto que el éxito en la lucha militar les adjudicaría el triunfo político. El mismo error llevó al fracaso de la izquierda revolucionaria, que enfrentó militarmente el dispositivo autoritario careciendo de una estrategia política.

Por ello -para la izquierda- el proceso de transición a la democracia que comenzó a principios de la década de 1980, antes de reivindicar la democracia, reivindicó la política. La intelectualidad de izquierda (al revisar su pasado militante) avanzó en la idea de que la política no tiene porque adoptar una significación unívoca e instrumental. De hecho, un eje primario de la transición fue precisamente la lucha por definir ¿qué significa política? ¿Cómo hacer política, con qué horizonte y a través de qué canales?

En Latinoamérica, el inicio del debate acerca de la democracia y sus definiciones comenzó a fines de los setenta en el exilio y se instaló en Argentina en plena transición. En este amplio debate -que tuvo a la democracia como objeto de re-significación- el caso paradigmático en cuanto a sofisticación teórica fue el de los marxistas gramscianos que confluyeron en la revista *Controversia* (Distrito Federal 1979-1981) pero cuyo origen se remonta a *Pasado y Presente* (Córdoba 1963-1965), y cuya continuidad se erigió en *La Ciudad Futura* (1986-2004). En *Controversia* y *La Ciudad Futura* se observa un claro rechazo al modelo soviético y un intento por converger hacia un desarrollo democrático y plural socialista. El eurocomunismo sin duda representaba una experiencia modernizadora de referencia para el grupo, y colocaba en jaque a las lecturas clásicas del marxismo y la III Internacional.

Según Emilio De Ípola:

“La reconsideración de nuestras opciones políticas fue para algunos una suerte de liberación intelectual e incluso psicológica. Para otros, en cambio, una ardua y dolorosa tarea. Pero con excepción de una minoría recalcitrante, todos comprendimos que era indispensable afrontarla. Y cada uno lo hizo a su modo, transitando los caminos que franqueaban sus nuevas experiencias y sirviéndose de ellas para nutrir su reflexión sobre el pasado. Las trayectorias y los puntos de llegada no fueron siempre los mismos, pero, salvo excepciones, tuvieron en común algunos presupuestos centrales: la defensa de la democracia, el apoyo al estado de derecho y a los controles constitucionales, la defensa del pluralismo, la tipificación del fracaso de la experiencia guerrillera como un error de principio y no como una derrota contingente” (De Ípola, 2009: 198).

Es justo decir que la experiencia autoritaria posicionó a la democracia como la salida más próxima y factible a la dictadura. Es decir, la democracia apareció en el horizonte de la izquierda como la solución a un problema acuciante más que como resultado de la reflexión o la maduración política e ideológica. En este sentido, León Rozitchner ha señalado que la democracia actual fue abierta desde el terror, no desde el deseo. Es por ello la nuestra, dice Rozitchner, una democracia aterrorizada pues surgió de la derrota de una guerra. La ley que nos regula ahora fue una transacción que el más fuerte hizo con el más débil, los militares con el pueblo argentino. “Y ese deseo regalado, impuesto,

se le nota a la izquierda. De esa derrota que no produjimos salió esto que debemos, pese a todo, considerar un triunfo” (Rozitchner, 2011: 25).

2. La Ciudad Futura: Socialismo y Democracia

La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista editó su primer número en Buenos Aires en agosto de 1986 y su última aparición (número 57) tuvo lugar en octubre de 2004. Los directores fueron José Aricó -hasta su muerte en 1991-, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula. El Consejo de Redacción contó entre sus miembros con Sergio Bufano, Jorge Dotti, Ricardo Ibarlucía, Héctor Leis y Osvaldo Pedroso. Y el Consejo Editorial estaba compuesto por Carlos Altamirano, Emilio De Ípola, Rafael Filipelli, Julio Godio, Oscar González, Jorge Korsh, Carlos Kreimer, Jorge Liernur, Marcelo Lozada, Ricardo Nudelman, José Nun, Juan Pablo Renzi, Daniel Samoilovich, Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Hugo Vezzetti.

Según ha señalado Héctor Leis, si bien *La Ciudad Futura* surgió en el seno del *Club*, fue fundamentalmente iniciativa de un grupo específico:

“Aunque varios de los intelectuales de *Punto de Vista* formaran parte del comité editorial, la línea editorial era conducida básicamente por el triunvirato de directores, Aricó, Portantiero y Tula. Sin embargo, a diferencia de *Punto de Vista*, *La Ciudad Futura* era percibida por el público como la revista del Club de Cultura Socialista. De hecho, la idea nace en México” (Leis, 2004: 332).

Asimismo, Jorge Tula recuerda que:

“(…) *La Ciudad Futura* ya estaba pensada en México, tanto es así que la tapa ya había sido diseñada en México. La idea era sacar una revista más tipo libro, más parecida a *Pasado y Presente*. Sólo que esa primera idea de revista tenía la intención de ser una revista más socialista digamos, que *Controversia*. Cuando nos establecimos acá la pensamos como una revista que interviniera más en el mundo de la política que *Punto de Vista*” (Jorge Tula, 2004: 333).

La revista se presentó públicamente el jueves 4 de septiembre en una de las salas del Centro Cultural San Martín. Para la ocasión, la dirección organizó una mesa redonda donde se puso a consideración de los participantes uno de los temas centrales de la agenda política de la época: las reformas constitucionales que buscaba impulsar Alfonsín. La actividad fue reseñada por la revista en su número 2, octubre de 1986, en un artículo sin firma titulado “*La Ciudad Futura* hizo su presentación” (p.4). Integraron la mesa redonda Jorge Tula, quien hizo de moderador, el Secretario del Partido Socialista Popular, Guillermo Estévez Boero, el vicepresidente del comité Nacional del Partido Intransigente, Oscar Valdovinos, el ensayista Oscar Terán y José Aricó, quien representó a *La Ciudad Futura*.

A juicio de José Aricó (1999: 269) *La Ciudad Futura* fue pensada como una revista de cultura socialista porque era necesario un instrumento para “enderezar, cambiar, recomponer todo el debate de la izquierda, porque ese debate estaba colocado en un plano donde se desconocía el derecho, el valor del principio, del terreno democrático”.

En la editorial del primer número Jorge Tula (1986: 4) describió escuetamente las características del colectivo y cuáles eran sus preocupaciones. Sin especulaciones Tula reconoció que “una revista de cultura socialista como la nuestra, cuyos integrantes provienen de distintas experiencias políticas e intelectuales”, se enfrenta con un problema que resulta ineludible en la búsqueda de una nueva identidad. Este problema es la democracia y la necesidad de su revaloración estableciendo un nuevo vínculo entre democracia y socialismo, alejándose de la visión instrumental de la democracia “para considerarla el ámbito natural dentro del cual es posible pensar y realizar toda transformación”. Por

su parte, Aricó (1986: 3) sintetizó en ese mismo número algunos de los propósitos que perseguía la revista:

“*La Ciudad Futura* aspira ser un terreno crítico de confrontación de distintas voces que animan un proyecto de reconstrucción de la sociedad argentina sobre las bases democráticas y socialistas. Se concibe por tanto como una de las formas de organización de una presencia cultural de izquierda, que en las condiciones actuales del país y del mundo requieren de un profundo y radical cuestionamiento de toda su tradición e instrumentos de análisis”.

El colectivo editor expresaba a través de la revista la vivencia nítida de estar transitando el fin de una era. El fin de la era *prometéica* –diría José Pablo Feinmann (1998)- el fin de las grandes mareas revolucionarias, de la filosofía del movimiento. El fin de la ilusión del paraíso socialista conquistado súbitamente por un *golpe de guante*. En el número 1 de *La Ciudad Futura* Aricó (1986: 2) lo definió en una sola línea: “El ideal socialista está en crisis; es hora ya de reconocerlo si se quiere salvar al socialismo como proyecto y como movimiento”.

Por otra parte, creo que no deberíamos soslayar la importante tracción que generó el liderazgo de Alfonsín en el desarrollo de estas ideas. Portantiero y De Ípola, por ejemplo, no sólo reforzaron sus concepciones gracias al impulso que Alfonsín le dio a la democracia, sino que además encontraron a través suyo un poderoso canal de diálogo y difusión de su pensamiento. Recordemos que Portantiero era junto con Aricó y Tula director de *La Ciudad Futura*, y De Ípola un destacado miembro del *Club*. Portantiero y De Ípola fueron –a su vez- integrantes del llamado *Grupo Esmeralda*, comité que asesoró al presidente durante su campaña electoral y lo acompañó durante su gestión.

El discurso de Parque Norte es uno de los discursos de Alfonsín más recordados de la transición. Y no es un dato menor que Portantiero y De Ípola fueran activos responsables de su redacción. En el discurso Alfonsín expresó que el logro de la estabilidad democrática sería el resultado de aceptar el pluralismo, el de promover el debate y admitir la legitimidad del disenso en un marco de convivencia. La idea era, básicamente, conjugar consensos y diferencias que tengan por árbitro muy bien arraigado el concepto de tolerancia. Cuando el líder radical planteó la ética de la solidaridad como pilar de este proyecto, aludía a superar las desigualdades y fomentar la interacción social entre los distintos actores de la comunidad persiguiendo el objetivo de la realización y el bienestar común. Todos estos conceptos –en lo esencial- eran compartidos y se expresaban periódicamente a través de *La Ciudad Futura*. A continuación voy a citar un extracto clave del discurso:

“(...) el pluralismo es la base sobre la que se erige la democracia y significa reconocimiento del otro, capacidad para aceptar las diversidades y discrepancias como condición para la existencia de una sociedad libre. La democracia rechaza un mundo de semejanzas y uniformidades que, en cambio, forma la trama íntima de los totalitarismos. Pero este rechazo de la uniformidad, de la unanimidad, de ninguna manera supone la exaltación del individualismo egoísta, de la incapacidad para la construcción de empresas colectivas” (Alfonsín, 2012: 1).

3. Pacto democrático y fractura ideológica en la izquierda

Ahora bien, pensar el socialismo desde el paradigma democrático como proponía *La Ciudad Futura* tuvo sus repercusiones dentro de un campo intelectual y militante de izquierda que estaba fracturado y buscaba recomponerse. De hecho, hubo otras publicaciones semejantes a *La Ciudad Futura* pero centradas más en preocupaciones culturales-literarias aunque inclinadas también a tratar temáticas políticas. Hay que decir que la mayoría de ellas no acordaban ni con el cambio ideológico ni con el acto de expiación o *mea culpa* que proponía el *Club de Cultura Socialista*. Si bien estas revistas muchas veces tuvieron una vida fugaz –y eran de una procedencia generacional más joven- gozaron

sin embargo de gran significación simbólica. En especial porque animaron el adormecido y temeroso circuito intelectual de post dictadura.

A juicio de Roxana Patiño (2006), entre 1984 y 1987 las posiciones en el campo cultural argentino se polarizaron y las revistas publicadas en la época son una buena fuente para observar dichas posiciones. Podemos mencionar, por ejemplo, el caso de *Pié de Página* (1983-1985), *Mascaró* (1984-1986), *Praxis* (1983-1986) y *La Bizca* (1985-1986), que buscaron reconstruir las consignas de la izquierda marxista. Por otra parte encontramos *El Porteño* (1982-1993), *Nova Arte* (1978-1980), *Ulises* (1978), *Brecha* (s/f), *Crear* (1980-1984), *El Ornitorrinco* (1977-1987), el *Molino de Pimienta*, *Contraprensa*, *El Despertador*, *Nudos* y *La Danza del Ratón*, que completan el arco de las publicaciones dirigidas desde la estética del compromiso. Estas publicaciones en general no avalaron la línea crítica del marxismo y de la cultura política de izquierda que proponían *Punto de Vista* -revista literaria consagrada- y *La Ciudad Futura* -proyecto de intervención política recientemente fundado-.

En esta etapa de la transición argentina el grueso del debate político intelectual estuvo situado dentro de lo que podríamos denominar el neo-contractualismo, donde la idea del pacto y las estrategias de concertación significaban una importante innovación para la época. La idea del *pacto* expresaba el deseo y la búsqueda de un acuerdo concreto sobre el cual sustentar la construcción o restauración de las reglas del juego democrático y negociar un itinerario para la transición donde quedarán definidas las prioridades en lo social, lo político y lo económico.

La crítica que se hacía desde *La Ciudad Futura* hacia el interior de la propia izquierda estaba dirigida a la incapacidad que esta demostraba para actualizar sus postulados. En el recordado artículo “La izquierda en tres tiempos” Emilio De Ípola caracterizó a la *izquierda anacrónica*. Desde su perspectiva la *izquierda anacrónica* era aquella que siempre se apoyó sobre una concepción heroica, fundamentalista y trascendental de la política. Los sueños de los que se alimentó remiten a las imágenes de la toma de la Bastilla y del Palacio de Invierno, de la Larga Marcha o del desembarco del Gramma. “Los argumentos de su ideología consisten esencialmente en transformar esos sueños en leyes históricas científicamente garantizadas. De ahí el impermeable optimismo y la convicción casi religiosa de sus militantes” (De Ípola, 1988: 10).

Aricó expuso claramente su postura al respecto al señalar que “sólo a partir de la pugna por la ampliación de los procedimientos de control democrático podrá determinarse lo que se quiere cambiar y cómo. Sólo así un discurso se hace política, se torna verosímil y reclama de las personas efectivamente lo que éstas pueden dar” (1986-nº2: 36). Es decir, sólo a partir de la pugna por la ampliación de los procedimientos podrá determinarse lo que efectivamente puede ser objeto de reformas.

De allí que desde *La Ciudad Futura* se viviera como un contrasentido que los espacios institucionales de participación abiertos por la democracia argentina no fueran ocupados por una izquierda más pragmática y actualizada en sus estrategias de lucha. Por una izquierda decidida a conseguir cuotas institucionales más amplias que posibilitaran sucesivas y paulatinas transformaciones. Desde *La Ciudad Futura* se vivía con resignación y amargura que durante el ejercicio autónomo de la política no surgieran fuerzas concretas decididas a desprenderse de la vieja cultura para desarrollar una nueva:

“Este tema pues, el de la recategorización ideológica, política y moral de la izquierda en Argentina, el de su comprensión de la complejidad del tejido social y de las tensiones hacia el futuro, el de su planteo de opciones autónomas, positivas y creíbles, aparece como una cuestión a discutirse cuando el país entra a un nuevo y apasionante tiempo electoral” (Editorial, 1988-1989: 3).

Dicho de otro modo, los intelectuales de la izquierda democrática pretendían deslindar y deshacerse del leninismo vanguardista presente en los organigramas y el ideal socialista de la izquierda más piramidal y radicalizada. El leninismo imperante en la mayor parte de las organizaciones de la

izquierda revolucionaria latinoamericana había separado abstractamente la idea de *democracia formal* de la de *democracia real*. La primera de ellas había quedado destinada al orden capitalista y la segunda, la idea de democracia real, al socialismo. Pero esta concepción aludía primordialmente al orden político y olvidaba o marginaba otros aspectos de la vida y las relaciones sociales, quedando así en contradicción con el ideal de las libertades modernas, y condenando al socialismo a realizarse sólo a través de un orden despótico.

En resumen: el vanguardismo leninista aún latente en la izquierda no permitía pensar la democracia como una producción autónoma, como un sistema independiente de las cargas sustantivas. El deseo de los miembros del *Club* era precisamente desprenderse de esa aplicación despótica. Para Portantiero (1988: 11), por ejemplo, las sociedades no tenían que implicar consensos sustantivos sino más bien *acuerdos procesuales* e institucionales que podían ser, o no, democráticos. Acuerdos que permitieran, en definitiva, incrementar y ampliar los márgenes de decisión de las distintas fuerzas políticas que disputan el control del Estado, pero no a través de la fuerza sino a través del juego electoral.

4. Violencia, democracia y crítica a la izquierda vanguardista y armada

En efecto, el rechazo de *La Ciudad Futura* a la violencia como forma de acción política no estuvo dirigido únicamente a la dictadura, los militares *Carapintadas*, golpistas o des-tituyentes, sino a todo aquel que pretendiera sacar ventajas políticas del uso de la fuerza y el terror. Por ejemplo, el Intento de copamiento del Regimiento 3 de Infantería General Manuel Belgrano por parte del *Movimiento Todos por la Patria* (MTP) el 23 de Enero de 1989 nos permite observar claramente el contraste que existía entre las distintas expresiones de izquierda de la época. Es decir, entre la izquierda democrática y los resabios de los grupos armados compuestos por individuos como Enrique Gorriarán Merlo, Francisco Provenzano, Roberto Felicetti, Carlos Samojedny, Fernando Doderó, entre otros participantes (Hilb, 2007). En un artículo publicado inmediatamente después del episodio, Juan Carlos Portantiero decía:

“(...) debemos condenar fundamentalmente la utilización de la violencia para dirimir los procesos políticos en cualquier situación y más aún en una situación democrática. Buena parte de la sociedad –a derecha y a izquierda- no hizo la verdadera reflexión sobre el pasado. Nunca fue más allá de preguntarse si convino, si se cometieron errores metodológicos, si la utilización de la violencia era prematura o no. No se asumió el problema de fondo que es el de la condena y el repudio absoluto a toda forma de violencia, crimen y asesinato en la lucha política” (Portantiero, 1989-nº15: 6).

El intento de copamiento del MTP recibió una condena total y marcó nuevamente una clara delimitación de campos entre quienes defendían la democracia y los derechos humanos, y quienes aún creían en la utilización de la violencia para resolver o influir en los conflictos. *La Ciudad Futura* fue tajante al marcar una línea divisoria entre quienes, a su juicio, supieron extraer las lecciones de la tragedia que sumió al país en una orgía de sangre y destrucción durante la última dictadura y quienes aún pensaban que era posible asaltar el poder por la fuerza:

“(...) es necesario diferenciarse, porque ningún relativismo moral o político nos debe arrastrar a confundirnos con quienes enarbolan visiones y prácticas reñidas con nuestros principios y valores (...) para que la izquierda pueda volver a ser en el país esa gran fuerza civilizadora e innovadora es preciso provocar en su interior una profunda reconversión ideológica y cultural” (Editorial-nº15: 3).

Desde esta perspectiva el intento de copamiento de La Tablada era la expresión más acabada de la cultura política violenta que aún latía en una parte de la izquierda. El masivo rechazo al hecho dejó

en claro que, incluso con todas sus dificultades, el proceso de transición a la democracia iniciado en 1983 expresaba el deseo mayoritario de la sociedad de priorizar ciertos valores que anteriormente aparecían como secundarios: la democracia, la tolerancia, la necesidad de pluralismo y la expulsión de la violencia de la vida política y social. Al respecto Portantiero decía:

(...) Yo me considero un hombre de la izquierda democrática y creo que es la única manera de ser de izquierda hoy. Pero no puedo dejar de reconocer que esta gente, la que atacó La Tablada, también se cree de izquierda. Mi diferenciación respecto de ellos es tan absoluta que o bien la izquierda no es lo que ellos dicen o yo no soy más de izquierda (Portantiero-n°15: 6).

El intento de copamiento de La Tablada se inscribió en una escalada de conflictos que comenzó con el desprestigio provocado por la crisis económica y el vacío de poder que generó la derrota electoral de la Unión Cívica Radical en las legislativas y provinciales del 6 de septiembre de 1987. La crisis económica y el resultado de esas elecciones dejó en situación de debilidad al gobierno, que volvería luego (en dos nuevas ocasiones) a ser presionado por las Fuerzas Armadas a propósito de los juicios que se seguían contra represores.

Siguiendo esta misma clave de análisis Juan Carlos Portantiero reflexionó sobre el comportamiento de la izquierda entre las elecciones del 30 de octubre de 1983 y los traumáticos hechos de La Tablada, sucedidos poco antes del final de la primera etapa de la transición. Según Portantiero (n°16, 1989: 9) a la izquierda no le resultó fácil ubicarse en las nuevas características planteadas por la coyuntura de transición. Las vivió con perplejidad, con problemas para ir más allá de la crítica y la contestación y desplegó, por lo tanto, una mirada fuertemente ideológica que la colocaba casi en el exterior del nuevo sistema político en construcción.

A partir de esa percepción Portantiero explicaba la vacilación que muchos militantes de izquierda vivieron en ocasión del asalto al cuartel de La Tablada.

“La democracia política sigue estando bajo sospecha en la izquierda argentina, con pocas excepciones. Esta desconfianza visceral determina la emergencia de comportamientos que buscan detonar permanentemente las contradicciones capaces de mostrar el carácter cautivo, tutelado, vigilado de la democracia. Hay, por parte de la izquierda, una espera permanente (y un deseo detrás de la misma) de que la “farsa democrática” pueda ser develada” (Portantiero-n°16, 1989: 9).

Para Portantiero la democracia debía ser considerada, sobre todo, como un espacio para ser usado, como un escenario donde transcurren conflictos normados por reglas de juego compartidas.

5. La confusión entre Democracia *política* y democracia *social*

Tradicionalmente el pensamiento socialista definió la democracia política con adjetivos tales como *formal* o *burguesa* (democracia formal) y lo hizo para contraponerla a la idea de democracia *social*, calificada la mayoría de las veces como sustancial o proletaria. Esta sobrecarga del concepto de democracia produjo equívocos constantes, pues confundió formas de gobierno con órdenes sociales. La confusión se acrecentó aún más cuando comenzó a considerarse a la democracia política como producto de la iniciativa burguesa. Dicha confusión imposibilitó interpretar que la democracia social -es decir, la constitución de un orden social igualitario- podía ser sucedánea de la democracia política. Es decir, construir un orden social justo no excluye la opción de establecer un régimen político democrático.

En este aspecto puntual el interrogante de fondo que se planteaban los socialistas del *La Ciudad Futura* era como terminar con las viejas e inútiles dicotomías de la izquierda: ¿cómo incorporar la democracia dentro del horizonte socialista argentino como valor cultural capaz de generar un nuevo orden político sin cercenar el aspecto social? Estos intelectuales eran conscientes de las profundas

deudas sociales pendientes en nuestro país, el subdesarrollo, la pobreza, el hambre, la dependencia económica y cultural. Y al a vez estaban desilusionados de la experiencia revolucionaria tanto en su *performance* político-práctica como ideológica. De allí que se esmerasen en establecer un nuevo vínculo entre los valores socialistas aún vigentes, como por ejemplo la reivindicación de una sociedad más justa e igualitaria pero, esta vez, buscando integrarlos a una mirada democrática e institucional. Las reflexiones propuestas en *La Ciudad Futura* parecen querer dar un valor universal a la idea de democracia y establecer entre ella y la idea de socialismo un nuevo vínculo o un nuevo modo de conceptualizarlas como categorías afines.

Los derechos políticos por si solos no son medios eficaces para liberar a los hombres ya que no son suficientes para hacer desaparecer la desigualdad social, la miseria y la servidumbre económica. La lucha por la democracia es una lucha por la libertad política, esto es, por la participación del pueblo en las decisiones legislativas y ejecutivas que le permitan –luego- conseguir una mayor equidad social.

Carlos Pereyra distinguió muy bien esta diferencia al puntualizar que:

“La referencia al sistema institucional plural permite señalar el sentido preciso que puede tener el concepto *democracia social*, entendido no como forma alternativa sino como forma complementaria de la democracia política. (...) Una vez conquistada la democracia política nos damos cuenta de que la esfera política esta comprometida a su vez en una esfera mucho más amplia, que es la esfera de la sociedad en su conjunto (...) entonces nos percatamos que una cosa es la democratización del Estado y otra cosa es la democratización de la sociedad. La política no se agota en el ámbito estatal, recorre el conjunto de las instituciones sociales” (Pereyra-nº15, 1989: 29).

Por su parte, Portantiero reforzó esta idea al señalar que la democracia no es un tipo de sociedad sino una forma de régimen: “no es difícil coincidir en que dicho régimen se halla necesitado de ampliación, a fin de angostar en lo posible las enormes distancias entre gobernantes y gobernados; esto es, en pocas palabras, que los mecanismos indirectos de la democracia representativa deberían ser complementados por otros más participativos” (Portantiero-nº1, 1986: 17).

En este sentido, la pregunta que se hacían los intelectuales de *La Ciudad Futura* era ¿es posible consolidar la democracia en Argentina sin introducir cambios en la estructura del Estado? De allí que una de las cuestiones centrales que se impulsó desde la revista fue el debate sobre la reforma democrática del Estado. Desde este punto de vista, ampliar los canales de la democracia representativa era incluso una condición necesaria para poder transitar la transición. En especial en sociedades como la argentina donde los actores sociales movilizados siempre han buscado volcar sus demandas sobre el sistema político. Los grupos disconformes con el orden establecido históricamente han intentado introducir reivindicaciones sectoriales presionando sobre el sistema político a través de vías informales o extra-institucionales, pues, en general, el trámite de sus reclamos mediante los partidos políticos les ha resultado insuficiente e ineficaz.

De allí que una de las propuestas que se impulsaron desde *La Ciudad Futura* fue avanzar, no sólo en el terreno de las libertades individuales, sino también sobre los mecanismos de participación capaces de estimular transformaciones sociales. Desde esta perspectiva el objetivo de la transición era doble: por una parte democratizar el Estado, y, por otro, avanzar también en democratizar la sociedad ampliando en extensión y en profundidad la participación política.

Por su parte, José Aricó señaló que el problema o interrogante que se planteaba en este punto era ¿cómo conseguir promover la transformación de una cultura política? Un problema que a su juicio no quedaba circunscripto al ámbito de la ideología sino que implicaba avanzar necesariamente sobre el universo de valores, de convicciones, de símbolos, de creencias de la sociedad. ¿Cómo había de ser posible crear una nueva cultura política sin la presencia de un orden político más o menos estable en términos de reglas y procedimientos? Esa parecía ser entonces la condición

imprescindible para que este tipo de nueva cultura política pueda operar y pueda concretarse (Aricó, 1984: 239).

Sirviéndose de palabras de Norberto Bobbio (1988), la editorial del número 13-14 de *La Ciudad Futura* afirmaba que la democracia podía ser aceptada por todos con independencia de la orientación que cada uno quisiera darle a la sociedad en un sentido económico o social. Tanto si se la entiende como un conjunto de reglas que establecen quien está autorizado a tomar decisiones colectivas y bajo qué procedimientos. Como si se admite un mínimo común denominador y se acepta a la democracia como un régimen que deja de dar sentido a concepciones *sustancialista* que la dividen entre democracia *formal* y democracia *real*.

Breve resumen final

A lo largo del artículo nos referimos al entramado político-cultural y, más concretamente, al caso de los intelectuales de izquierda reunidos alrededor de *La Ciudad Futura*, quienes pasaron por una transformación desde una matriz radical y revolucionaria hacia una posibilista y democrática. A lo largo del texto intentamos caracterizar dos grandes aspectos. Por un lado, la de una esfera pública obturada por tanta censura y represión, plena de patrones autoritarios internalizados incluso en contextos de la vida cotidiana. Y por otro, buscamos dar cuenta de los matices, las significaciones, los valores, las creencias y las actitudes de una cultura política de izquierda que en esos años se vio forzada a mutar de paradigma.

Comentamos además cómo *La Ciudad Futura* se fundó con el propósito explícito de convertirse en un terreno crítico de confrontación de las distintas voces que animaban un proyecto de reconstrucción de la sociedad argentina sobre bases democráticas y socialistas, pero con un espíritu crítico de toda la tradición de izquierda, tanto de sus prácticas políticas como de sus instrumentos de análisis. La revista se planteó la necesidad de revalorizar la democracia y establecer entre ella y el socialismo un nuevo vínculo, alejándose de su clásica visión instrumental para considerarla el ámbito natural dentro del cual era posible pensar toda transformación. Así pues, los editores de la revista animaron el desarrollo de valores éticos y políticos tales como la legitimidad del disenso, el pluralismo como principio y como método, la aceptación de las reglas básicas de la convivencia social, el respeto de las diferencias y la voluntad de participación.

El artículo muestra como la idea del pacto y las luchas por conseguir modificaciones legislativas destinadas a la ampliación de la participación ciudadana fue una constante en la tarea intelectual de los editores de *La Ciudad Futura* y, en especial, de Aricó, Portantiero, Tula y De Ípola, quizás los principales referentes o voceros de dicha transformación. En este grupo y en esta etapa de la transición argentina el grueso del debate político intelectual estuvo situado dentro de lo que podríamos denominar el neo-contractualismo, donde la idea del pacto y las estrategias de concertación significaban una importante innovación para la época. La idea del *pacto* expresaba el deseo y la búsqueda de un acuerdo concreto sobre el cual sustentar la construcción o restauración de las reglas del juego democrático y negociar un itinerario para la transición donde quedarán definidas las prioridades en lo social, lo político y lo económico.

Asimismo, los intelectuales de la izquierda democrática pretendían deslindar y deshacerse del leninismo vanguardista presente en los organigramas y el ideal socialista de la izquierda más piramidal y radicalizada. El leninismo imperante en la mayor parte de las organizaciones de la izquierda revolucionaria latinoamericana había separado abstractamente la idea de *democracia formal* de la de *democracia real*. La primera de ellas había quedado destinada al orden capitalista y la segunda, la idea de democracia real, al socialismo. Pero esta concepción aludía primordialmente al orden político y olvidaba o marginaba otros aspectos de la vida y las relaciones sociales, quedando así en contradicción con el ideal de las libertades modernas, y condenando al socialismo a realizarse sólo a través de un orden despótico.

Bibliografía

- Alfonsín, Raúl Ricardo (2004). *Memoria política. Transición a la democracia y Derechos Humanos*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Aricó, José (1999). *Entrevistas 1974-1991*. Centro de Estudios Avanzados. Córdoba.
- Aricó, José (1984). “Democracia y Socialismo en América Latina”. *Caminos de la Democracia en América Latina*. Fundación Pablo Iglesias. Madrid.
- Burgos, Raúl (2004). *Los Gramscianos argentinos*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Hilb, Claudia (2007). “La Tablada: el último acto de la guerrilla setentista”. *Lucha armada en la Argentina* n° 9. Buenos Aires.
- Lesgart, Cecilia (2003). *Usos de la transición a la Democracia. Ensayo, Ciencia y Política en la década del '80*. Editorial Homo Sapiens. Santa Fe.
- Nun, José; Portantiero, Juan Carlos (Comp.) (1985). *Ensayos sobre la transición democrática argentina*. Punto Sur, CEAL. Buenos Aires.
- O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Phillippe y Whitehead, Laurence (Comp.) (1988) *Transiciones desde un gobierno autoritario*, 4 vols. Paidós. Buenos Aires.
- Ollier, María Matilde (2009). *De la revolución a la democracia*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Patiño, Roxana (2006). “Revistas literarias y culturales argentinas de los 80”. *Ínsula. Letras argentinas. Un nuevo comienzo*. Número 715-716. Julio-Agosto.
- Patiño, Roxana (1997). “Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1881-1987)”. *Cuadernos de Recienvenido*. N° 4. Universidad de Sao Paulo. Brasil.
- Ponza, Pablo (2010). *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Babel. Córdoba.
- Ponza, Pablo (2010) “La izquierda en su laberinto: Intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983)”. *Boletín Americanista* N° 60. Universidad de Barcelona. Barcelona.
- Portantiero, Juan Carlos y De Ípola, Emilio (1987) *Estado y sociedad en el pensamiento clásico*. Cántaro. Buenos Aires.
- Portantiero, Juan Carlos (1988). *La producción de un orden*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- Portantiero, Juan Carlos (1999). *Los usos de Gramsci*. Grijalbo, Buenos Aires.
- Przeworski, Adam (1986). *Capitalism and Social Democracy (Studies in Marxism and Social Theory)*. Paperback. New York.
- Rozitchner, León (2011). *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Editorial Quadrata. Buenos Aires.
- Sonderénguer, María: “El movimiento de derechos humanos en Argentina”. En Jelin, Elizabeth (comp.) (1989). *Los nuevos movimientos sociales*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires.
- Sosnoswski, Saúl y Patiño, Roxana (comp.) (1999). *Una cultura para la democracia en América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México.

Prensa de época

- Aricó, José (1986). “Una oportunidad de ponernos al día”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 2, octubre.
- Aricó, José (1986) “La Ciudad Futura”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 1 agosto.
- Bufano, Sergio (1989). “La vuelta de página”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. 17-18, junio/septiembre.
- De Ípola, Emilio (1986). “Cultura, orden democrático y socialismo”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 1, agosto.
- De Ípola, Emilio (1988). “La izquierda en tres tiempos”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 10, abril.

- Editorial (1987). “Hora de responsabilidad compartida”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 7, octubre.
- Editorial (1988) “Los militares ante la sociedad”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 10, abril.
- Editorial (1988-1989) “La izquierda todo un tema”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 13-14 noviembre-enero.
- Editorial (1989) “Esta pelea es también la nuestra”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 15 febrero-marzo.
- Editorial (1989) “Sobre el Indulto”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 19, octubre/noviembre.
- Godio, Julio (1987). “¿Razón o pasión?” *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 6 agosto.
- Grossi, María (1988). “Una opción positiva”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 12, septiembre-octubre.
- Lechner, Norbert (1986) “De la revolución a la democracia” *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 2, octubre.
- Pereyra, Carlos (1989). “Democracia política y transformación social”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 15, febrero-marzo.
- Portantiero, Juan Carlos (1989) “La distancia entre la política y el terror”. *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 15, febrero-marzo.
- Portantiero, Juan Carlos (1989). “La transición democrática y la izquierda política” *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 16, abril-mayo.
- Portantiero, Juan Carlos (1986). “Hacer compatibles socialismo y democracia”. *El Periodista de Buenos Aires*. Nº 73. Entrevista realizada por Ricardo Ibarlucia. 31 de enero.
- Rubinstein, Juan Carlos (1988-1989). “Radicalismo, peronismo, Socialdemocracia” *La Ciudad Futura. Revista de Cultura Socialista*. Número 13-14, noviembre – enero.
- Tula, Jorge (1986) “El primer número”. *La Ciudad Futura*. Número 1, agosto.

Fuentes orales y prensa de actualidad

- Alfonsín, Raúl Ricardo. *Discurso de Parque Norte*. Publicado por los Doctores J.O. Pons y N. Florencia Pons Belmonte en Constitución web: <http://constitucionweb.blogspot.com.ar/2010/03/discurso-de-parque-norte-convocatoria.html> consulta realizada el 6 de julio de 2012.
- De Ípola, Emilio. Seminario: “Discutir a Alfonsín: Repensando el legado de los años ’80 en la Democracia Argentina”. 30 de julio de 2009. Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales, Universidad Torcuato Di Tella.
- Leis, Héctor, entrevista de Burgos, Raúl (2004) *Los Gramscianos argentinos*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Tula, Jorge: entrevista de Burgos, Raúl (2004) *Los Gramscianos argentinos*. Siglo XXI. Buenos Aires.